

IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la
República Argentina
“Los usos de la Memoria y la Historia Oral”

Mujeres en la frontera fueguina a principios del siglo XX. Género e identidades transnacionales.¹

Prof. Elida Clara Repetto

Género y transnacionalismo en los estudios sobre migración

En las últimas décadas los estudios sobre inmigración, al incorporar categorías provenientes de otras ciencias sociales, posibilitaron una comprensión más profunda a la vez que se hizo evidente la necesidad de un abordaje en una doble escala: alejándose de una visión macro los conceptos de expulsión y atracción no resultan operativos; hay decisiones que solo pueden ser explicadas con una aproximación microsocia.

Al mismo tiempo, comenzaron a cuestionarse las relaciones entre inmigración y género, y más precisamente el concepto mismo de género. Frente a una idea binaria, casi biológica, Donna Gabaccia propone al género como una categoría relacional sometida a los efectos del contexto temporal y espacial. La familia y los lazos de parentesco generaron comunidades definidas por una etnicidad y una religión común y especialmente el trabajo impulsó a las mujeres inmigrantes a relacionarse de forma cooperativa y conflictiva con personas de otras comunidades (Gabaccia, 1984).

El hogar inmigrante es transnacional, un ámbito donde se dirimen y se replantean las relaciones y los roles, mientras que se cristalizan ciertas costumbres. Lo transnacional o lo translocal (como prefiere Gabaccia) remite a un proceso en el que los inmigrantes establecen múltiples lazos (“*involvements*”) económicos, culturales, políticos y familiares entre el lugar de origen y el lugar de llegada que convierten al hogar y la sociedad en la que residen en una arena de acción social (Foner, 2006).

Asimismo, una nueva visión de la etnicidad puede ser clave para analizar el proceso de adaptación de los inmigrantes. Partiendo de la “invención de la tradición” de Eric

¹ El presente trabajo forma parte de la tesis de la Maestría en Ciencias Sociales con mención en historia (UNLu)

Hobsbawm, *Werner Sollors* propone que la etnicidad debe ser considerada una invención en tanto es una construcción debatida, colectiva y continuamente reinventada, y por lo tanto, historizada. (*Sollors, 1991*). Las fronteras entre los grupos étnicos son continuamente renegociadas, así como los símbolos que expresan la etnicidad (tradiciones étnicas) deben ser reinterpretados (*Conzen, 1990*). La invención de la etnicidad sugiere la activa participación de los inmigrantes en la construcción de sus identidades y solidaridades.

Otro concepto muy útil es el de la “localización de las culturas inmigrantes”: la tendencia por parte de los inmigrantes en la construcción de culturas que favorecen su reproducción, no solo a nivel familiar, sino a nivel de instituciones educacionales, políticas, gubernamentales, mediáticas, de negocios, etc. (*Conzen, 1991*). De esa manera, lo que inicialmente constituyen los valores de un grupo étnico juegan un papel determinante en la definición de los valores locales.

El género en su aspecto relacional recién comienza a ser contemplado en la historiografía latinoamericana. *Ellen Woortmann* trabaja sobre las relaciones entre parentesco (especialmente el matrimonio como alianza) y el laboreo de la tierra en las colonias teutobrasileñas en Río Grande do Sul, pero las relaciones de género no están en primer plano (*Woortmann, 1995*).

Hay varios trabajos como el de Pilar Cagiao sobre las inmigrantes gallegas o el trabajo de Carina Silberstein sobre las “inmigrantes invisibles”. Pero, al estar enmarcados en concepciones feministas especialmente preocupadas por la discriminación, les otorga a las mujeres un papel claramente subordinado. (*Silberstein, 1998*).

Ni invisibles, ni subordinadas son las mujeres cuyas trayectorias personales ha trabajado María Bjerg en “*Historias de la inmigración en la Argentina*” (*Bjerg, 2009*). El tratamiento de cuestiones como la reimaginación de las identidades de género, el hogar transnacional como una arena en donde interactúan el pasado y el presente, la distribución de los roles en el espacio público y privado, entre otras, son abordadas con un cambio de escala. Las historias de vida o los testimonios personales como la correspondencia, permiten desentrañar lo más íntimo de un proceso, imposible de ser captado en una perspectiva macrohistórica. María Bjerg no renuncia al conocimiento de ese contexto mayor, sino que apuesta a bucear en aguas más profundas y no siempre tranquilas.

El trabajo y sus fuentes

María Bjerg ha mostrado la utilidad de trabajar con trayectorias personales. Partiendo de esta convicción, el presente trabajo indaga sobre las relaciones entre género e inmigración a través de la perspectiva de dos mujeres cuyas familias inmigraron desde distintos lugares de Europa a principios del siglo XX a Tierra del Fuego.

Sus experiencias individuales van revelando aspectos significativos de estos hogares transnacionales: el esfuerzo por construir el hogar (tanto físico como simbólico), los nuevos roles en lo privado y en lo público, el hogar como arena que reproduce y resignifica lo étnico, la percepción de los “otros”, el matrimonio y la solidaridad dentro de la misma colectividad y fuera de ella, entre otros. La idea que anima este trabajo es, en palabras de Bjerg, pensar en la migración como una experiencia de género.

Los testimonios utilizados forman parte de una serie de entrevistas que realizamos entre 1992 y 1995 con otra historiadora, María Luisa Bou en el marco de un proyecto patrocinado por el Municipio de Río Grande en Tierra del Fuego, cuyo objeto era relevar la historia de la localidad a través de la palabra y la memoria de sus pobladores. Completamos cinco viajes con una permanencia de seis días cada uno espaciados a lo largo de un año. Se entrevistaron a un grupo pobladores fueguinos mayores de sesenta años, de distintos orígenes étnicos, pertenecientes a familias pioneras de la región y que durante su juventud y adultez desarrollaron diferentes actividades en la isla. Se llevaron a cabo entrevistas individuales y reuniones colectivas en donde se pudieran conversar temas que fueran surgiendo. Con el material obtenido se publicó un libro en el que se transcribieron las entrevistas como historias de vida.

En una primera aproximación logramos: relevar distintos momentos de la vida cotidiana en Río Grande; identificar los elementos históricos (situaciones, procesos, personajes, acontecimientos, ideas o creencias) que podrían ser consideradas “marcas” significativas en la construcción de vínculos locales, regionales, nacionales o internacionales; establecer una periodización histórica a través de las posibles rupturas y continuidades manifestadas en los registros de la cotidianeidad; detectar los grupos o instituciones que cumplieron un rol fundamental en la generación o reproducción de interpretaciones del mundo y la sociedad; y estudiar la percepción del espacio en los distintos procesos de rememoración y la posible influencia de la relación memoria-oficio.

La palabra y la memoria abren ámbitos, perspectivas y dimensiones inhallables a través de otras fuentes documentales y en este caso, la historia de las personas y su vida cotidiana, buscada además en los relatos de hombres y mujeres, de orígenes étnicos diversos, llegados o nacidos en momentos distintos del siglo XX, permite acceder al tema de la “propia historia” y del “arraigo en relación a la construcción histórica de un “lugar” y de su identidad colectiva. Cada uno cuenta su propia historia en un emotivo proceso de rememoración, en donde recuerdos y olvidos van perfilando lo que vivieron o desearon en el esfuerzo de construir su lugar. Y, como cada historia entraña un proyecto de ser, un drama de adversidad, sintetiza en sus definiciones más singulares, momentos que hacen a lo histórico social. De allí la importancia asignada a las fuentes orales para la comprensión de este proceso, ya que por no ser anónimas e impersonales (como muchas veces son las institucionales), contienen recuerdos compartidos con otros, al tiempo que los entrevistados son siempre individuos singulares que se hacen cargo de lo que recuerdan y dicen.

No retrasemos más la presentación de las dos protagonistas. Emilia Susic, nació en la isla en 1924. Su padre llegó de Split, en Yugoslavia a Tierra del fuego en 1905 y su madre llegó con su familia de Dalmacia en 1921, previo paso por Punta Arenas. La vida de esta familia transcurre principalmente en la zona rural, en consonancia con sus orígenes como campesinos y forma parte de uno de los grupos inmigrantes europeos más importantes en la zona. Emilia creció en el seno de este hogar inmigrante en el que se va construyendo su identidad como fueguina y como yugoslava. Se casó con un italiano y se fueron a vivir a Río Grande a partir de 1940 donde reside actualmente. Con un alto grado de participación y exposición pública, Emilia llegó a ser Consejera Territorial en la década de 1950 y fue una de las responsables de la creación de la primera escuela secundaria de Río Grande en 1960. En 1962 fue candidata a Intendente por la UCR, elección que pierde por muy pocos votos.

Por otro lado, Sara Sutherland nació en 1917 en Punta Arenas. Sus padres escoceses arribaron a la isla a principios de siglo XX. Su madre llega con sus abuelos a Punta Arenas desde Malvinas, que fue su primer hogar. Allí instalan un hotel en donde se alojan preferentemente los inmigrantes de esa colectividad que llegan para trabajar tanto en Punta Arenas como en Río Grande. Allí conoce a su padre que llega reclutado en Escocia por la compañía Menéndez Behety para trabajar en las estancias de Tierra del Fuego. Durante toda su vida la familia mantuvo los lazos con el resto de los

integrantes que quedaron en Malvinas o en Inglaterra: sus bisabuelos vuelven a Inglaterra y compran un campo en Essex y su madre regresa a Malvinas en 1975.

La familia Sutherland se instala al principio en lugar de cierto privilegio, ya que el padre es administrador de una estancia importante. Luego sobrevienen tiempos más difíciles cuando se mudan a un campo propio y construyen su pequeña estancia. Durante todos estos años, la vida de Sara alternó entre la escuela en Punta Arenas y la vida en el campo.

Se casa muy joven en su propia percepción, y con un español bastante mayor que ella, conocido de sus padres por ser administrador de otra estancia. Allí comienza una nueva etapa en su vida signada por el aislamiento que le impone el lugar y la dureza del trabajo. Después de la muerte de su marido, se muda a Río Grande con sus tres hijos, buscando un futuro distinto para ellos en la ciudad. Allí, con gran esfuerzo, construye un nuevo hogar y va adquiriendo prestigio como profesora de inglés. Justamente su lengua materna y su contacto con los aborígenes en su infancia le posibilitan colaborar con la antropóloga Anne Chapman cuando realiza su trabajo sobre los selknam de Tierra del Fuego.

Las dos son grandes luchadoras, que en los últimos años, se dedicaron al rescate de la historia de su localidad, lo que les ha valido estar al frente de la Asociación de Antiguos Pobladores. Paradójicamente la necesidad de recuperar esa historia en las que ellas se sienten protagonistas surge de un sentimiento de extrañeza en su propia localidad cuando a fines de la década de 1970 se produjo la llegada de miles de inmigrantes de otras provincias. Tuvieron entonces que reinventar la etnicidad fueguina, aunque partiendo de sus orígenes diversos. Al respecto, es muy significativa una frase frecuente en los antiguos pobladores cuando quieren expresar ese sentimiento: *“a los fueguinos nos mataron dos veces, primero a los indios y después a nosotros.”*

Río Grande a principios del siglo XX

A comienzos del siglo XX, empresarios de Punta Arenas concentraron su interés en la desembocadura del Río Grande en el Atlántico, probablemente motivados por las crisis internacionales del precio de la lana y la apertura del canal de Panamá. Así comenzaron a construirse las primeras grandes estancias en la zona: La Primera o José Menéndez y la Segunda, también llamada María Behety, de más de 60.000 has.,

el más importante de los establecimientos ovinos de la isla. Más adelante, la *Sociedad Anónima Ganadera Argentina* de Menéndez- Behety no solo tendrá tierras en propiedad (unas 400.000 ha.) sino que se dedicará a empresas comerciales, frigoríficas, de telecomunicaciones y energía eléctrica distribuidas en Tierra del Fuego, Chubut, Santa cruz y Punta Arenas. Se puede decir que la ocupación de las tierras en el norte fueguino tuvo características similares a la del resto del territorio patagónico: una importante presencia de adquirientes extranjeros, mayoritariamente británicos y españoles, procedentes de Malvinas y sobre todo de Punta Arenas, tempranamente convertido un centro productivo y comercial.

La introducción de ovinos traídos desde Malvinas y el comienzo de estas actividades definió el avance de los blancos como una frontera móvil que se fue extendiendo en función de las posibilidades del terreno y la dirección de los ríos. Esta marcha afectó definitivamente las rutas de trashumancia de los grupos aborígenes que comenzaron a dispersarse en dirección oeste-este, impregnados de otras luchas intestinas cuyo origen es previo a la llegada del blanco. Las tierras ocupadas por estos pueblos pasaron a formar parte del patrimonio fiscal, y a pesar de una manifiesta preocupación por parte del estado respecto de la radicación de población en las zonas de frontera, en la mayoría de los casos se produjo la concentración en pocas manos. Como sostiene Susana Bandieri, dicha acumulación se materializó en la medida que estas compañías fueron adquiriendo tierras al Estado sin dar lugar a la formación de pequeños y medianos propietarios rurales, tal como aparece en el discurso oficial. (*Bandieri, 2005*). Hacia 1910 el stock ovino llegó a casi 800.000 cabezas, produciéndose la saturación de los campos. Una salida para el crecimiento natural de las majadas fue la instalación en 1917 del frigorífico en la margen sur del río que elaboró carne ovina destinada al mercado inglés. Mientras tanto, el oro seguía atrayendo hombres de los más diversos lugares y una vez agotada esa posibilidad, muchos de ellos, especialmente de origen yugoeslavo, formaron parte de los trabajadores estacionales que alternaban tareas en las estancias y en el frigorífico. Se podría decir que la radicación se fue dando por la alternancia de tareas estacionales y complementariedad de labores dentro de la familia que atendían algún hotel o comercio de ramos generales y servicios demandados debido a la circulación entre las dos orillas. Es este el contexto en el que llegan las familias de Emilia Susic y Sara Sutherland a principios del siglo XX.

“A las yugoslavas no nos ganaba nadie” Emilia Susic

El padre de Emilia, Miguel Susic, era de una familia campesina yugoeslava de Split. Llegó a Tierra del Fuego solo a los 17 años en 1905, como otros inmigrantes yugoeslavos. Y su madre, Franka Suvic, también yugoeslava, llegó junto a dos hermanas en 1921, proveniente de Dalmacia. Emilia cuenta que:

“El llegó más bien al sector del Punta Páramo, al norte en el límite con Chile. Al llegar mi padre ya no era negocio el oro. Se dedicó entonces a todo tipo de tarea rural que estaban iniciándose y como se necesitaba mano de obra, él y otros pudieron trabajar. (...) Mi padre se inició como cocinero en el comedor general de la estancia Sara Braun; luego fue esquilador, presero, alambrador y mil otras cosas en esa estancia. Hacía la temporada de trabajo y se iba de vacaciones desde el 1 de mayo hasta septiembre a Punta Arenas. Allí la conoció a mi mamá. El iba al hotel de la tía de mi madre a hospedarse.”

El aislamiento generó el deseo de formar una familia y así se fueron construyendo redes dentro de cada colectividad que facilitaban la llegada de otros integrantes. Existieron verdaderos “caminos” que conducían a la isla: desde el lugar de origen hasta la llegada en hoteles o pensiones en Punta Arenas y Río Grande en donde se alojaban y podían conseguir trabajo. Entre los inmigrantes europeos, las estrategias fueron variadas: algunos conocieron a sus conyugues en Punta Arenas, el “Buenos Aires de esa época”. Otros, hacían venir a las mujeres desde sus países de origen o a la inversa, los padres traían a los candidatos para sus hijas. Sin embargo, no todas aceptaron, como en el caso de de Franka Suvic, la madre de Emilia:

“Yo vine al hotel y ahí lo conocí a mi marido. Podía haberme casado con cualquier cantidad de yugoeslavos, de estancieros de Porvenir, de Río Grande. ¡Pero yo, no! Le dije a mi tía: ¡Vine a América para casarme con el hombre que yo quiera!”²

De todas formas, se casó con alguien de su mismo grupo étnico, algo bastante frecuente entre los primeros que llegaban. Es notable como Emilia al recordar a sus

² Extraído de: Domingo Gutiérrez. “De por acá”. Impactos. Punta Arenas. Enero de 1992.

padres nos devuelve una imagen que poco tiene que ver con la visión clásica de los géneros:

“Mi mamá era muy buena moza, de un carácter muy fuerte, así sobrellevó todo lo que le tocó. Si no hubiera tenido ese carácter, no habiéramos nosotros hecho nada. Mi papá era muy suave de carácter, él era el débil y muy buena gente (...) era muy payado, muy alegre.”

Se casaron por civil en Punta Arenas y por iglesia en Río Grande. El matrimonio religioso fue una constante entre los inmigrantes europeos y para la primera generación nacida en la isla. Y no sólo por convicciones religiosas propias, sino por cierta presión ejercida por autoridades locales, como el Juez de Paz. Miguel Susic y Franka Suvic se instalaron en Río Grande en una zona llamada el Tropezón, donde construyeron una casa, un pequeño hotel y un almacén de Ramos Generales. Cuando la madre estaba embarazada de su primer hija, se produce un incendio y pierden la casa. El fuego es un elemento constitutivo de la realidad: es imposible sobrevivir allí sin calor. Está en el nombre de esta tierra y en la imaginación de los primeros viajeros. El fuego nos remite al tema de la leña, al trabajo cotidiano necesario para asegurar la vida. Aparece relacionado en los recuerdos con una disciplina cotidiana y estacional impostergable que pauta con crudeza el invierno y el verano, el adentro y el afuera de la casa. Y que pauta también las actividades y responsabilidades de grandes y chicos en las familias. La otra cara del fuego son los frecuentes incendios. El abrigo y el peligro van juntos en la vida cotidiana. Hay incendios que por su envergadura o significación en el pueblo han quedado como marcas en la historia del lugar. Otros, más pequeños, más íntimos y muy dramáticos, dejan profundas huellas en las historias familiares. El temor al incendio es uno de los grandes fantasmas de esta sociedad y de tan frecuente son “lugares comunes” en las historias familiares:

*“A mi madre se le prende fuego la casa cuando estaba embarazada de mi hermana-
relata Emilia- ¡Fue a las tres de la mañana en pleno junio cuando se congelaba el Río Grande! Mi padre acaparaba la leña durante el verano y esperaba a que se congelara el río para cruzar y traer la leña en trineo para la casa. Con el incendio se quedan sin la casa y mi papá la mandó a mi mamá a vivir por un tiempo a Punta Arenas”*

Cuando la casa está reconstruida, Doña Franka vuelve con su hija, que ha nacido en Punta Arenas. En el Tropezón nacieron sus otros hijos, cuatro en total: la segunda hija fue Emilia. Allí vivieron hasta que Emilia tuvo seis años.

En el censo de 1920 había en la zona trescientos cincuenta habitantes, incluyendo las dos orillas del río y los trabajadores de las estancias. Los recuerdos identifican a un puñado de familias como una especie de grupo inicial y es para esta década cuando comenzaron las demandas elevadas a autoridades nacionales y territoriales por algunos pobladores que ya habían formado familia o trabajadores de las estancias, solicitando tierras fiscales. En 1925 el Poder Ejecutivo sancionó un decreto por el que se establecieron nuevos arrendamientos a pobladores, y se adjudicó con carácter precario un lote para la Misión Salesiana y cuatro para “familias indígenas de la región”. Esto generó un conflicto con las grandes compañías que venían ocupando esas tierras para pastoreo.³ Al respecto Emilia recuerda que fue su madre la que gestionó y luchó por un lote de tierra:

“Mi mamá comenzó a tratar de conseguir tierras en Buenos Aires. Acá en ese entonces (...) llegó mucha gente que les decían palos blancos o testafierros que después se iban afirmando y se quedaban con los campos. Después de mucho ir y venir nos dieron el lote 80 en zona de cordillera, al que mi padre le puso de nombre La caída (...)”

El hogar es una referencia permanente en el relato, así como el protagonismo de su madre. Desde el esfuerzo por construir ese lugar hasta la descripción minuciosa de las tareas del campo y de la casa que aparece organizada estacionalmente. El recuerdo del invierno nos lleva al interior del hogar donde la cocina y el fuego son un refugio frente al aislamiento. Y la presencia indiscutible de la mujer:

“Mi mamá era la dueña de casa, era la mujer orquesta porque estaba dedicada a los trabajos de la casa (...). Mamá era una enciclopedia en cuanto a manualidades femeninas (...). Dejaba medio sancocado el almuerzo y salía ayudar a mi papá en las tareas del campo (...) Ordeñaba doce o catorce vacas diarias. En su tierra también

³ Las grandes compañías en ese tiempo eran cinco: Braun, Menéndez Behety, Bridges y Reynolds, José Montes y Cullen.

tenía campo así que no le era novedad la vaca, era como seguir la costumbre de su casa. La única tarea que no hacía era el hacha, la leña.”

En el verano, las tareas del campo representaban el tiempo del encuentro con otros, un momento especialmente interétnico, poblado de otras solidaridades y conflictos. Era además, el sostén del invierno: de septiembre a marzo los hombres debían hachar, estibar y acopiar leña; el trabajo en la huerta era una ocupación para la mujer y los niños de la casa. Casi todas tenían una huerta, ya que era un complemento indispensable de la alimentación.

Y, fundamentalmente las labores propias de estas pequeñas explotaciones ovinas pautaban los tiempos. Sigue Emilia:

“Después está el cuidado de los animales. Está primero la parición, el tiempo en que los animalitos naces; después, la señalada, en que hay que identificar a tu animal y castrar al macho; luego viene la esquila. La señalada es más o menos a fines de noviembre. Desde fines de diciembre hasta febrero empieza a rotar en la isla todo el tema de la zafra, la esquila. Eso mi padre lo solucionó con la turbina, que antes lo hacía a tijera (...) Después hay que enfardar la lana para la venta (...) ¡Mi viejo se hizo su máquina de enfardar!”

El trabajo duro, el aislamiento, el clima, la condición de frontera y la escasez de mujeres son tópicos permanentes en el recuerdo de estos primeros años, que condicionaron las relaciones entre los géneros. Hay en el relato de Emilia cierta “paridad” en el esfuerzo y en la toma de decisiones entre sus padres. Una mirada femenina, que si bien privilegia el hogar, también nos devuelve un mundo de relaciones con las otras mujeres y con los hombres en el esfuerzo diario de sobrevivir. La mujer articulaba el “adentro” y el “afuera” y al mismo tiempo, el mundo interior reforzaba el contacto con lo yugoslavo, favoreciendo la reproducción y la resignificación de la propia etnicidad, a través de la lengua o algunas tradiciones que los seguían conectando con el mundo que habían dejado atrás. Un vehículo importante fue el ámbito de la cocina:

“Comíamos comida yugoeslava, la tradición la seguía mi madre...yo aprendí a comer esa comida como las przuratas que son unos buñuelos con puré de papas, nueces y manzanas o las grztulas o el zoparniak que era como un pastel de espinacas”

La lengua fue un motivo de cohesión y de conflicto en el seno del hogar inmigrante. A los ocho años Emilia y su hermana van pupilas a una escuela María Auxiliadora en Porvenir (Chile). La separación de su madre por tantos meses y la obligación de acostumbrarse a un mundo nuevo hace que Emilia lo viva como un desarraigo. Sin embargo, no era la única descendiente de yugoeslavos, ya que la mayoría terminaba en ese colegio. Cuando Emilia cuenta lo dura que le resultó la vida allí y el rechazo que le producía que le enseñaran inglés, afirma que también sentía vergüenza por el idioma de sus padres:

“Aparte, creo que yo renegaba del idioma de mis padres. Me sentía avergonzada de escuchar hablar a mis padres porque en mi casa o se hablaba yugoslavo mientras estabas en la mesa o no se hablaba y se comía en silencio.”

Si consideramos como Conzen que la etnicidad es una construcción cultural y como tal se redefine constantemente, lo que ocurre con el idioma es que en ocasiones este tipo de “defensas étnicas” (al igual que roles de género o la endogamia) son cuestionadas por la primera generación nacida en Tierra del Fuego. Irma Kovacic, otra mujer nacida en Tierra del Fuego en 1910 e hija de yugoeslavos, también registra esta transición respecto del idioma cuando dice que después de cinco años en el mismo colegio, salió sin recordar el yugoslavo, lo que le generó problemas con su padre:

“Cuando llegué a casa- cuenta Irma- mi papá me decía: No quiero que me conteste en castellano, sólo hable en yugoslavo. Y yo decía: ¡Claro, porque es tan importante con el de los ingleses que no quieren hablar más que el inglés! (ríe). Mi papá decía que no había que tener vergüenza del idioma de sus padres, pero él no entendía que yo me había olvidado. Y la verdad que lo recuperé bien pronto porque en mi casa, como se reunían todos los yugoslavos, se hablaba yugoslavo siempre.”

La etnicidad se “inventa” (en el sentido planteado por Sollors) con la participación de los inmigrantes en la construcción de sus identidades y solidaridades. Las interacciones competitivas, cooperativas, sinérgicas son componentes esenciales en la formación y definición de los grupos étnicos. Los yugoslavos compiten con los otros grupos étnicos

en el trabajo, en la destreza y hasta en el ingenio para sobrevivir, estrechando lazos dentro de su comunidad. Lo étnico aparece asociado a la importancia asignada a sus trabajos como esquiladores u ovejeros y el prestigio reconocido por los otros: yugoeslavos, onas y escoceses parecen establecer una suerte de competencia de destrezas. La misma Irma luego de la muerte de su madre es internada en el colegio de monjas de Mará auxiliadora, que pertenece a la Misión:

“Yo fui al Colegio María Auxiliadora y estaba bien contenta. Me acuerdo que yugoslavas éramos unas cuantas chicas y no nos ganaba nadie para todo (...) en el colegio un grupo eran todas las hijas de yugoslavos y el otro eran las hijas del país. El grupo nuestro parecía un grupo militar, muy unidas y no éramos nada de parientes, ¡pero sí muy unidas!”

Las expresiones de Irma son muy elocuentes. Por una parte distingue a su grupo del de las “hijas del país”, haciendo referencia a las niñas aborígenes o mestizas que están internadas en el colegio. Y por otra, dentro de su grupo de pertenencia establece un vínculo tan fuerte como la del parentesco consanguíneo. La competencia por el prestigio aparece en otros testimonios. Hay lugares comunes como que los escoceses eran los más capacitados para el trabajo de ovejero (considerado todo un oficio dentro de las tareas rurales) o para desempeñar cargos de mayor responsabilidad; los yugoslavos aparecen como los mejores esquiladores, los que tienen las mejores huertas; los asturianos, los que se dedican al comercio y ocupan lugares vinculados al poder público.

Construyeron verdaderas redes de asistencia entre familias y sobre todo en los momentos de necesidad se ponían de manifiesto. Como cuenta Irma Kovacic cuando recuerda el incendio de su casa:

“Quedamos los cuatro hermanitos con mi papá, y me acuerdo cuando tuvimos que llevar los restos...los cuatro hermanitos delante con m papá y todas las mujeres lloraban y yo era chiquitita. Todas las señoras vecinas, todas yugoslavas, todas me ayudaron y me vistieron de negro (...) Ocho años tenía yo cuando murió mi mamá.”

Los yugoslavos constituyeron en Tierra del Fuego una importante comunidad, no sólo en número, sino porque fueron de los primeros pobladores blancos. Junto a otros inmigrantes que iban llegando debieron construir su “lugar”. De allí que se adjudiquen, como pioneros, un papel relevante en la historia y en la identidad fueguina. El concepto de “localización de una cultura” utilizado por Conzen es aquí muy oportuno: lo que inicialmente constituyen los valores de un grupo étnico juegan un papel determinante en la definición de los valores locales. Y fueron el ingenio, el esfuerzo y el coraje aquellos valores yugoeslavos. Cuando Doña Franka nuevamente gestionó en Buenos Aires en 1936 otros lotes de mejor tierra, comienza una nueva etapa para los Susic. Después del “Tropezón”, vino “La Caída”, luego tuvieron una carnicería “El Golpe”, así que a esta estancia la llamaron “Libertad”. Los primeros años, como dice Emilia “vivimos bajo tierra”, ya que su padre había cavado un espacio en una loma y lo había forrado en madera para que pudieran alojarse, mientras se construía la casa. Otra vez, el registro del esfuerzo y el destino de construir desde la nada. Y el ingenio yugoslavo para abastecerse de agua caliente o fabricar máquinas que no podían comprar como una enfardadora de lana o una turbina para accionar las manijas de una esquiladora. Es cuando Emilia se casa con un italiano, al que conoce en Punta Arenas mientras está estudiando, cuando aparecen en la escena otros inmigrantes y se va afirmando su identidad como fueguina, que se acrecentó con su acción en la esfera pública.

“No es cierto que el sur mata a la gente” Sara Sutherland

Sara Sutherland, hija de escoceses provenientes de Malvinas, nació en Punta Arenas en 1917. Su abuela materna de apellido Clifton y su abuelo materno de apellido Mac Phee, emigraron de Londres y Escocia respectivamente, a Malvinas. Allí se casaron y nació su madre. De Malvinas pasaron a Punta Arenas donde pusieron un hotel en 1908, al que llamaron Thistle, que es la flor de Escocia. Estuvieron tres años y después se fueron para Río Gallegos donde instalaron otro hotel. Su padre Sutherland-Mc Donald, también escocés, oriundo de Inverness, llegó a la isla en 1906 a los diecinueve años reclutado en Escocia por los Menéndez. Previo paso por Punta Arenas, comienza a trabajar en las estancias José Menéndez y María Behety. Su condición de escocés le facilita cierto progreso y llega a ser administrador de la

estancia Ruby. En esa época en un viaje que hace a Punta Arenas conoce a su futura esposa:

“Mi papá conoció a mi mamá porque él iba a parar al hotel que ellos tenían y ahí se conocieron... ¡Se conocieron todas con los maridos en el hotel! (...) Mi papá tenía treinta años cuando se casó en 1917 y mi mamá tenía 21 años... Casi todos se casaron a esa edad.”

Cuando Sara dice que “todas se conocieron con los maridos en el hotel” se refiere no sólo a las mujeres de su familia, sino a un grupo más amplio, al que pertenece por su origen étnico. La descripción minuciosa de todas las ramas de su familia evidencia un fuerte sentido de pertenencia a una comunidad que mantuvo una gran cohesión. Las alianzas matrimoniales fueron muy importantes: los futuros esposos se conocían en esos los hoteles o pensiones que formaban parte de la propia colectividad, tanto en Punta Arenas como en Porvenir o en Río Grande.

Una vez casados vuelven a Río Grande en 1917 y en ese año nace Sara. Comienza entonces a trabajar como administrador de otra estancia de la Compañía Sara Braun, La Teresita. Allí vivirá la familia Sutherland hasta 1927. Esos años son registrados por Sara como los más felices de su vida. Se trata de un tiempo idílico, en el que resignifica su etnicidad.

“En verano pasábamos mucho tiempo al aire libre. Jugábamos con mi hermanita en el potrero cercano a casa o algún domingo nos íbamos a pasear a las estancias vecinas en sulky. (...) Cuando llegaba el invierno y había menos trabajo, mi padre nos llevaba en trineo hasta las secciones de la estancia. Los caballos briosos galopaban en la nieve, llevándonos como en los cuentos antiguos de la tierra escocesa que él mismo nos contaba. ¡Parecíamos volar! “

El relato describe la casa de la administración en la viven como una construcción de tres pisos con personal doméstico: cocinera, niñera, mucamas. Los recuerdos transmiten claramente un orden de diferencias y distancias sociales que recrea la etnicidad. Es en esta etapa de su vida en la que el registro de los “otros” aparece en cuentos escuchados en la niñez, sustos o bromas en donde elementos de otras

culturas como la selknam se entretujan con los duendes de Escocia. Sara relata la experiencia vivida por su padre cuando recién había llegado a la isla desde Malvinas:

“A papá le habían dicho que había que tener cuidado con los indios, esa era la palabra que se usaba, con los indios (...). Creo que hacía ocho días que había llegado y lo llevaron a un puesto en la cordillera en José Menéndez.. Y, entonces mientras se hacía la comida, vio un indio en la ventana del puesto mirando lo que estaba haciendo. Mi papá lo miró y no sabía qué pensar. Entonces, lo invitó a pasar y se sentó a la mesa y comieron los dos juntos...ni uno ni otro sabía hablar, porque uno hablaba ona y el otro, inglés (...) Y aquella noche les había robado los caballos (a los del puesto), entonces mi papá por señas le preguntaba si sabía dónde estaban los caballos, y el indio le dijo que se estuviera quieto, le hacía señas para que se sentara. ¡Y se fue y le trajo todos los caballos y los puso en el corral!”

Lo más significativo de este relato es probablemente, cómo se construye la mirada sobre el otro, aquel que estaba desde siempre y al que era necesario “descifrar”. En general hay una distancia que oscila entre el respeto y la desconfianza, influenciada por la historia posterior y porque se trató de un grupo étnico que fue “blanqueándose” e identificándose con los chilenos. Sara es muy elocuente cuando relata cómo se instalaban familias onas en la época de esquila de diciembre a febrero en la estancia La Teresita de la Compañía Sara Braun. Ella era una niña en ese entonces y se escapaba para jugar con los chicos de los campamentos. Venían de la zona Laguna Pescado y Cabo San Pablo (cerca de la cordillera), donde iban quedando confinados por el avance de las explotaciones ovinas. Había dos lugares que funcionaron como articuladores del espacio aborigen. Por un lado, la Misión Salesiana instalada en 1893 y sostenida con ayuda de fondos del gobierno nacional. y que fue quedando como la última posibilidad para aquellos onas que, afectados por el avance de la frontera agrícola, no pudieron sostener a sus familias.

Por otra parte, la estancia Viamonte de la familia Bridges. Inicialmente Lucas Bridges, un misionero protestante proveniente de Malvinas, se instaló en Ushuaia y allí su vinculación con los grupos yámana, le permitió escribir el primer y único diccionario inglés-yámana. Más tarde, su hijo cruza la cordillera y construye Viamonte, lo que fue posible gracias a la relación que entabló con grupos onas que ocasionalmente

cruzaban a la zona de Ushuaia. El prestigio de Viamonte fue tan importante, que “venir o ser de Viamonte” era una recomendación segura. Hay en Sara cierta identificación con los Bridges en la descripción meticulosa que hace de las costumbres de los onas con una mezcla de extrañamiento y de conocimiento.

El tiempo idílico llega a su fin cuando la familia se muda a un campo propio. Una verdadera “pesadilla”, en la que están presentes los conflictos con los grandes propietarios, que eran los empleadores de su padre. Cuando Sara dice *“había llegado la hora de la subdivisión de tierras”* parece enunciar el avance de una nueva frontera que se dio desde los márgenes de un espacio usado hasta ese momento por otros estancieros. Los recuerdos de ese tiempo son como una “pesadilla” y la palabra concentra tanto el temor que despertaban estos “caminos desconocidos” como las privaciones y las violencias vividas a raíz de los conflictos y las represalias que sus padres tuvieron que enfrentar.

“Al anochecer, llegamos al puesto que tenía Bilbao en este campo. Era una media agua de tres piezas donde se podía ver la luz del día por cualquier rincón (...) Nadie decía nada. Todo era voluntad y trabajo (...) Pero llegó la nieve y todo se cubrió de blanco. Por lo tanto mi tío, un ovejero escocés y mi papá tuvieron que salir a abrir camino entre una mancha de bosque y otra para que las ovejas pudieran comer pasto debajo de los árboles.”

En su testimonio, como en el de otros que se establecen por primera vez en un campo, aparece la expresión “poblar”. En este contexto de frontera poblar implica ocupar una tierra con familia y animales y persistir, mantenerse con el fin de poder reclamar luego la propiedad efectiva al Estado. Poblar es un complejo de significaciones en donde no solo se reconocen como protagonistas de construir lo que no estaba hecho todavía; sino de instituir los cimientos mismos de lo perdurable. En el esfuerzo de “poblar” es el trabajo familiar la fuerza principal. Instalarse en estas “pequeñas estancias” está asociado con el esfuerzo de construir en los peores lugares. Sin embargo, los que lograron instalarse no sólo estuvieron librados a su tenacidad, sino que también dependieron de la buena voluntad de las grandes estancias. ¿Cómo iban a encontrar animales apropiados para mejorar las majadas? Es por eso que a veces los relatos son cuidadosos al mencionarlos y en ese sentido son elocuentes las frases como “todo se cocinaba en Punta Arenas” o sobrevivíamos gracias a los barquitos de Menéndez”, que

revelan por una parte, cierto reconocimiento al rol cumplido por éstos y, por otra, la sensación de abandono por parte de un Estado distante o complaciente.

En esta etapa la supervivencia dependió de solidaridades que traspasaron las fronteras étnicas. El aislamiento y la extrema necesidad favorecieron estos acercamientos y crearon vínculos tan fuertes como los consanguíneos. Era habitual compartir personal o instrumentos de trabajo o simplemente ir a colaborar con una familia necesitada. Se dieron casos en que peones después de muchos años pasaron a formar parte de la familia, especialmente aquellos que formaban parte de la misma colectividad o tenían un origen étnico común.

Cuando Sara relata las dificultades para instalarse en las tierras, recuerda que sólo con la ayuda de otros pudieron sobrevivir. Ese invierno en el que pierden la única vaca lechera, su hermano de enferma de bronquitis:

“Nuestros vecinos más cercanos eran el matrimonio Ojeda. El era chileno y ella era ona pura. Eran muy buenos y tenían bastantes vacunos. Convinieron que todos los días ellos traerían botellas de leche hasta el alambrado límite y allí iría uno de nosotros a buscar la leche a la hora indicada antes de que se escarchara mucho. Así hicieron hasta la primavera. Fue un invierno muy frío”

En principio la nueva vivienda nada tenía que ver con la casa de la estancia Teresita. Era un puesto de tres piezas “llenas de lauchas”. En una vivía la familia, en otra estaba la cocina y en la tercera vivía un tío y otro ovejero. El dramatismo de los primeros tiempos se refleja manera risueña en un episodio que debe haber sido muy traumático para una niña de ocho años: una invasión de lauchas tan terrible que Sara se va a vivir a Punta Arenas con su abuela materna y recién vuelve a los doce años cuando sus padres terminaron de construir el nuevo hogar. La estancia a la que su padre le puso por nombre La Nueva Argentina, quedaba a una hora de viaje a caballo de La Caída de la familia de Emilia Susic.

Esta etapa de su recuerdo está signada por el colegio y su abuela Caroline Clifton. Durante el tiempo de la escuela, permanecía pupila en Punta Arenas. En los veranos retornaba a la casa y allí estaba la abuela a la que llamaban Grany. Una mujer “de armas tomar” que vivió hasta los 93 años...” *Por eso – aclara Sara- los que dicen que el sur mata a la gente, no es cierto, ¡se vive muchísimo!”*

Grany organizaba la vida de la familia y repartía los trabajos dentro de la casa. En las palabras de Sara *“jera más que mamá en la casa!”* Había que levantarse temprano, y después del desayuno comenzaban las tareas: limpiar la casa, darle de comer a los animales y arreglar la huerta. Y por supuesto, estaba la comida. Esta mujer bajita y rubia siguió recreando lo escocés a través tanto de la lengua, como de las costumbres como lo que ocurría en la Navidad.

“¡Para Navidad era tradicional todo! Se hacían las dos cosas: los criollo y lo tradicional europeo. La primera noche era todo a la forma escocesa (...) Para la Nochebuena la abuela empezaba días antes: preparaba un pudding que es tradicional con frutas de todas clases. Aparte de las frutas, le ponía un anillo, u botón, una moneda y otras cosas más (...) Primero, entonces teníamos la costumbre europea para la víspera y al día siguiente, todos los corderos asados al asador y los juegos: carreras de embolsados, carreras de tres piernas...”

En la vida de la Nueva Argentina hay como una transición hacia las costumbres locales incentivada por el contacto con los otros y el esfuerzo de construir un lugar propio. Ese desplazamiento es claro en Sara cuando más adelante relata la participación con su familia en una expedición a caballo que se hizo hasta Ushuaia en 1937. Era una expedición de catorce personas entre los que estaba un ingeniero de Vialidad. El relato del cruce de la cordillera tiene un tono de epopeya y la presencia de un baqueano famoso, cuyo nombre se le pone al paso abierto en la cordillera (Paso Garibaldi), la ubica como mujer y como hija de escoceses en un acontecimiento histórico. Su fortaleza tanto física como de carácter está presente en todo momento, aún ante situaciones difíciles, como la que vivió en el regreso cuando al salir de Ushuaia su caballo se asusta y se cae sobre un durmiente de la vía del tren.

La afirmación de Sara se apoya especialmente en la figuras de su padre y de su abuela materna, que mantienen vivos los lazos con el resto de la familia que quedó en Malvinas o que regresó a Inglaterra. La identidad sigue estando dominada por el origen étnico. Esto es algo que va a acentuarse frente a un acontecimiento que obligó a Sara a alejarse de ese mundo conocido y familiar. Cuando dice *“no pasó tanto tiempo entre que salí del colegio y me casé con un asturiano”* enuncia el inicio de una etapa difícil. Nemesio Menéndez era del mismo lugar que los Menéndez, de Oviedo y había llegado

a Puerto Deseado con su hermana en 1926. De allí fue a trabajar a la estancia Irigoyen, donde llegó a ser administrador y conoció a la familia de Sara.

El matrimonio se celebra sólo por civil, porque no había iglesias protestantes, aunque luego se hace católica porque quería bautizar a sus hijos y de allí siguió la línea católica de las cuatro generaciones. Se casaron en el pueblo y al día siguiente se fueron para Irigoyen que estaba tan aislada que sólo se podía llegar a caballo. En 1940 tuvo a su primera hija y como no estaba muy bien tuvo que viajar a caballo con siete meses de embarazo hasta Comodoro Rivadavia donde vivía su cuñada. Después del nacimiento vuelve a Irigoyen y como ella dice *“allí mis ocupaciones eran bastante duras”*. Debía cocinar para todo el personal, que eran como doce personas, ya que no había cocinero y ocuparse de sus tres hijos. Era una vida muy distinta a la que había dejado, signada por el sometimiento al esposo y el aislamiento de su grupo de referencia. Es entonces cuando Sara refuerza su etnicidad frente a los otros, Una experiencia aterradora la devuelve a la estancia de sus padres. Estando sola en la casa, alguien quiere entrar:

“Yo estaba haciendo el pan para el día siguiente en la cocina y había bañado a los dos chicos allí porque estaba calentito. Me iba para el pasillo con el más chico en el cochecito y la nena agarrada del coche conmigo. ¡Justo entré y puse la llave en la puerta cuando siento que empujaban la puerta del otro lado! (...) ¡Nunca había experimentado tanto miedo hasta ese momento! ¡Y así pasé once horas durante la noche clavando ventanas, clavando puertas, con un revólver en la mano! ¡Y no los dejé entrar! (...) En un momento estuvieron a punto de entrar por una ventana y les tiré un tiro y se dejaron caer para abajo. Mi esposo llegó a las dos de la tarde y no podía creerlo ¡Me miraba como si no lo creyera! Pasé muchas noches en que no podía dormir. Hasta que vino mi padre a buscarme. Así que papá agarró el caballo y me vine para la Nueva Argentina durante tres años. (...) Volví cuando las cosas habían cambiado porque pusieron un matrimonio para mí.”

Volvió y tuvo su tercer hijo y vivió allí hasta 1960, cuando después de la muerte de su esposo se mudó con sus hijos a Río Grande, donde volvió a construirse un lugar como escocesa. Como no había recibido ningún tipo de indemnización o reconocimiento económico por parte de los dueños de Irigoyen, empezó a trabajar como profesora particular de inglés. Su prestigio fue en aumento y llegó a dar clases a empleados de

las compañías petroleras y como traductora de textos técnicos. La Guerra de Malvinas provocará una verdadera fractura con su familia, ya que su madre había vuelto a las islas en 1975.

Breves reflexiones a modo de conclusión

Los hogares de estos inmigrantes funcionaron como lugar de protección, de solidaridad y reproducción de la etnicidad. Cuando el infortunio golpeaba a alguna familia, fueron los vínculos que se construyeron dentro de los grupos étnicos los que ayudaron a superar el mal momento. Estas redes que llegaban hasta el mismo lugar de origen en Europa, incluyeron a personas más allá de la familia nuclear y tuvieron un rol muy importante en el sostenimiento familiar.

Tanto en el caso de Emilia como en el de Sara, sus hogares son transnacionales y funcionaron articulando el “adentro” y el “afuera”, un “nosotros” con los “otros”; un hogar especialmente identificado con el de la infancia, aquel que construyeron, tanto en un sentido físico como simbólico, con sus padres inmigrantes. Pero, además, como se trata de una región de frontera donde las condiciones de vida fueron muy difíciles, la posibilidad de unos dependió de las solidaridades de los otros. Cuando Conzen plantea que la invención de la etnicidad es un proceso, un diálogo entre una mayoría y una minoría cultural del que emergen identidades grupales (*Conzen, 1990*), cabría preguntarse en este contexto cuál es una y cuál es otra. La respuesta no es sencilla, ya que la región en la que se establecieron estaba ocupada por grupos aborígenes y por algunos establecimientos ovinos que no pueden considerarse una etnocultura dominante. Por lo tanto, estos grupos de yugoslavos, españoles, escoceses e italianos comparten en cierta forma un lugar casi fundacional.

Sin embargo, existieron diferencias sociales. Hay cierta percepción de superioridad en los escoceses que se traduce generalmente en las tareas y en los lugares donde viven. En general, como en el caso de los padres de Sara, fueron ovejeros, lo que implicaba cierta calificación, y llegaron a ser administradores de estancias. Los yugoslavos, mientras tanto competían en destrezas con los aborígenes que en su mayoría se enganchan como peones o esquiladores. De allí, el énfasis puesto por Emilia para resaltar el ingenio o la capacidad de su padre y la fortaleza de su madre, a fin de equipararse con quienes ella considera que empezaron en mejores condiciones.

A pesar de las diferentes experiencias, en la forma en que ambas recrean sus historias se percibe una mirada propia del género. No es una mirada de mujeres sobre las mujeres, sino que muestra cómo la condición de la emigración cambió las pautas de femineidad o masculinidad: se ve en la distribución de tareas y responsabilidades y también en la ruptura de ciertas normas como las que pautaban los casamientos. El género aparece como una construcción relacional.

Las fuentes orales permiten mejor que ninguna otra, comprender cómo se profundizó y resignificó la etnicidad, especialmente en momentos de crisis económicas o de identidad al interior de los grupos. Y al mismo tiempo, como se trataba de una región con poca densidad de población, relevan la necesidad de integrarse a un todo mayor que irá conformando la identidad fueguina. Es por eso que van desapareciendo algunas “defensas étnicas” en la primera generación cuando se casan con personas fuera de su comunidad, algo nada frecuente en los recién llegados, o cuando reniegan del idioma de los padres.

Finalmente, es necesario puntualizar que los recuerdos de Sara y Emilia se van organizando en torno al “lugar en la historia” (“localization” en términos de Conzen) que ellas se adjudican a sí mismas y a sus grupos étnicos en la construcción de la identidad de Río Grande. Así, recrean su propia vida desde el lugar que ocupan hoy, remarcando especialmente cómo los valores propios estos grupos inmigrantes jugaron un papel determinante en la definición de los valores y las formas locales (*“la manera en que hacemos las cosas aquí”*). Emilia lo sintetiza cuando afirma:

“Mi padre llegó a Tierra del Fuego en el año 1905 y mi madre en 1921. Mi madre trajo dos hermanas casadas también con yugoslavos y aquí formaron lo que es hoy Río Grande. Soy de la primera generación de hijos de estos pioneros inmigrantes, porque acá había de todo, yugoslavos, españoles, ingleses, chilenos, escoceses...los que trabajamos duro no sólo por las condiciones climáticas que entonces eran sumamente duras, sino también por la condición de aislamiento y olvido en las que vivimos por parte de las autoridades que estaban allá lejos, en Buenos Aires.”

BIBLIOGRAFÍA

- Bestard, J. *Parentesco y modernidad*. Paidós Básica. Buenos Aires, 1998
- Barela, L. / Repetto, E. y otros. Hebe Clementi (comp.) *Otro modo de hacer historia. Taller, historia y memoria*. Leviatán. Buenos Aires, 1992
- Belza, Juan. *En la Isla de Fuego*. Tomos I y II. Instituto de Publicaciones Históricas, Tierra del Fuego. Buenos Aires, 1975.
- Bjerg, María. *Historias de la inmigración en la Argentina*. Edhasa. Buenos Aires, 2009.
- Bjerg, María. *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de la inmigración danesa a la Argentina (1848-1930)*. Buenos Aires, Biblos, 2001.
- Bou, María Luisa/ Repetto, Elida. *A hacha, cuña y golpe. Recuerdos de pobladores de Río Grande, Tierra del Fuego*. Recali. Buenos Aires, 1995.
- Caglio Vila, Pilar. *Género y emigración: las mujeres inmigrantes gallegas en la Argentina*. En: Xosé Núñez Seixas (ed.) *La Galicia austral. La emigración gallega en la Argentina*. Ed. Biblos, 2001.
- Bridges, Lucas. *El último confín de la tierra*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.
- Conzen, Kathleen, Gerber, David et al. *The invention of ethnicity. A perspective from the U.S.A.* *Altreitalie*, abril 1990.
- Conzen, Kathleen. *Mainstreams and side channel: the localization of immigrant cultures*. En: *Journal of American Ethnic History*, 11. 1991.
- Catani, Mauricio. *La Invención de las Hurdes. Una sociedad centrada en sí misma*. Vol. 1 y 2. Cuadernos Populares Números 27 y 28. Editora Regional de Extremadura. Salamanca, 1989.
- Ferrarotti, Franco. *La historia y lo cotidiano*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1990.
- Ferrer i Alos, Llorenç. *De la historia agraria a la historia de la familia. O de como la historia económica es historia social*. En: Bjerg, María y Boixados, Roxana (eds.), *La Familia. Campo de investigación interdisciplinario. Teorías, métodos y fuentes*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal 2004.
- Gabaccia, Dona. *From the other side. Women, Gender & immigrant life in the U.S. 1820-1890*. Indiana University Press, USA, 1984.

- Gabaccia, Donna/ Ruiz, Vicky (eds.) *American dreaming, global realities. Rethinking U.S. immigration history*. University of Illinois Press. Urbana y Chicago, 2006. Introducción, capítulos 7 y 22.
- Gandolfo, Rómolo. *Del Alto Molise al centro de Buenos Aires: las mujeres agnonesas y la primera emigración transatlántica (1870-1900)*, Estudios Migratorios Latinoamericanos nro.20, Abril de 1992.
- Ginzburg, Carlo. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Gedisa. Barcelona, 1999.
- Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. FCE. México, 1999.
- Middleton, D /Edwards, D. *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Paidós. Barcelona, 1992
- Moreno, José Luis., Sudamericana, Buenos Aires, 2004
- Moss, W/ Portelli, S. /Fraser, R y otros. *La historia oral*. (Comp. Dora Schwarsztein) Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1991.
- Portelli, Alessandro. *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2004.
- Silberstein, Carina. *Más allá del crisol: Matrimonios, estrategias familiares y redes sociales en dos generaciones de italianos y españoles (Rosario, 1895-1925)*. Estudios Migratorios Latinoamericanos nro.28, 1994.
- Silberstein, Carina. *Inmigrantes invisibles en: Argentina. Un país de inmigrantes*. Buenos Aires, Ministerio del Interior, Dirección Nacional de Migraciones, 1998.
- Sollors, Werner. *The invention of ethnicity*. Oxford University Press, 1991.
- Thompson, Paul. *La voz del pasado. Historia Oral*. Alfons el Magnanim. Valencia, 1988.
- Woortmann, Ellen F. *Entre la antropología y la historia. Colonos, campesinos y memoria familiar en Brasil*. En: Bjerj, María y Boixados, Roxana (eds.) op. cit.
- Woortmann, Ellen F. *Herdeiros, parentes e compadres. Colonos do Sul e sitiante do Nordeste, San Pablo e Brasília*. Segunda Parte. Editorial Universidade de Brasilia, 1995.